



El Caudillo, su esposa, doña Carmen Polo de Franco, y los ministros Sres. Caeiro da Mata, Martín Artajo y almirante Regalado, ante la milagrosa imagen de la Virgen de Fátima.

UNA HORA EN FÁTIMA

Por W. FERNANDEZ FLOREZ (De la Real Academia Española de la Lengua)

HE oído decir que una alta personalidad eclesiástica procuró en Portugal que Cova de Iria, el lugar de la aparición de la Virgen a unos niños pastores, conservase en todo lo posible su sencillo carácter natural. Ignoro si existió tal propósito, pero desde luego puede afirmarse que la tentación de industrializar la devoción, que a veces exalta a gente poco escrupulosa, se mantiene alejada de Fátima. No se dejó allí que los mercaderes entrasen en el templo, y hasta hace poco y por la imperiosa necesidad de ahorrar penalidades al creciente número de peregrinos, no se abrieron cómodos accesos hasta el Santuario.

Cova de Iria mantiene la humildad de su paisaje. La depresión que le dió nombre —cova: cueva— ha sido terraplenada, también porque así lo exige la acumulación de tantos como acuden a orar ante la Virgen. Lo demás, continúa idéntico. Apenas la basílica —alba como la imagen—, sin pretensiones arquitectónicas, sin belleza que atraiga al simple turista, y los dos largos edificios destinados a albergue que limitan a uno y otro lado el santo lugar. En sus proximidades, los viajeros pueden contemplar pinares —el pino es humilde— que se hacen más ralos conforme se acerca Iria, y una tierra pedregosa en la que la arcilla es a veces blancuzca y a veces rojiza y donde los campesinos alcanzan a ver cómo un maíz raquíco ofrece lós gallardetes de sus hojas al viento de Fátima, un viento asimismo pobre, que se perfuma con olores agrestes y trabaja en los molinos que coronan la más próxima altura.

Todo es austeridad. En el pueblecillo de Fátima las viviendas aldeanas se alinean junto a algunas casas burguesas. Ningún gran hotel. Las medallas, las estampas, las garrafas y cantimploras para llevar el agua de la fuente que brota en el centro de la explanada, se ofrecen al público en modestas barracas que no resistirían un vendaval. Es preciso recorrer bastantes kilómetros para que el paisaje se modifique y distraiga con sus seducciones de la fuerte y mística preocupación. Entonces se encontrará hacia un punto el magnífico monumento de Batalha, la mejor joya de la arquitectura religiosa de Portugal, y hacia otro punto, el bello castillo de Ourem, encaperuzando un monte e impregnando de romanticismo un amplio panorama guardado con sus caseríos y su verdor en el vaso de las montañas.

Cuando el Caudillo, en una tibia mañana de octubre, llegó a Cova de Iria, eran pocos los peregrinos. Seguramente tendrá una impresio-

nante solemnidad la reunión de millares de fieles ante el modesto cobertizo que protege la capillita alzada en el lugar de la aparición. No he presenciado el espectáculo, que se repite el día 13 de cada mes. Las veces que estuve en Fátima, y en las horas en que visité la capilla, no éramos muchas las personas que allí nos reuníamos, y la relativa soledad daba un encanto tan profundo al lugar que dudo de que haya otro de más penetrante emoción. Era como si nuestra alma no se pudiese ocultar entre otras almas, y nuestra súplica y nuestra veneración se hiciesen más notorias. Quizá fuese un poco pueril la idea, pero la estimulaban aquel ancho silencio y el paso leve y en puntillas del viento de la altiplanicie que llenaba el ámbito con su presencia de peregrino invisible. Inclinada la frente, el Caudillo rezaba ante la imagen. Si lo inmaterial ocupase sitio, la inmensidad que se extendía entre aquella tierra de color de sayal y el cielo donde unas nubecillas blancas peregrinaban también, estaría repleta de ruegos, de imploraciones, de ansias y de gratitud, hasta bastarse para convar la bóveda del firmamento. Quién lleva sus penas, quién sus esperanzas y hasta los dolores del cuerpo atormentado insufriblemente por una enfermedad. Muchas veces estamos solos en el rezo, como estamos solos en la vida. Pero, los españoles que vimos orar al Caudillo en Fátima, pudimos pensar con seguridad de acierto: —Hasta en lo que suplique para sí, pide para nosotros, para la salud y la felicidad de España. Es el jefe valeroso, honrado, sin ambiciones bajas ni egoísmos. ¡Escúchale, Señora!

